

José Emilio Pacheco: primeras letras

Miguel Ángel Flores

EN 1990 LA EDITORIAL ERA PUBLICÓ un delgado volumen con los primeros textos de ficción de José Emilio Pacheco. Para sus devotos lectores, el libro se anunciaba como un festín, pues permitía asomarse a los comienzos de quien había llegado a ser reconocido por la maestría en el manejo de la prosa y por su rica capacidad de fabulación. Pero a muchos se les olvidó que una característica del recién fallecido escritor era su compulsión por corregir sin cesar cuanto escribía. En alguna ocasión se calificó a sí mismo como reescritor. No importaba que el texto estuviera ya impreso: en las sucesivas reediciones de sus libros, ninguno de ellos se libraba del afán de perfección del autor.

Para ser fiel a su iniciación en la Galaxia de Gutenberg, José Emilio puso al libro, que se suponía era la recopilación de la obra juvenil, el mismo título de su libro inicial: *La sangre de Medusa*. Según el autor, la obra dispersa que se agrupaba ahora en un libro —pues su destino original habían sido las páginas de revistas y suplementos literarios o de *plaquettes*— eran los borradores de ejercicio literario que en su madurez se consolidaban debido a la práctica persistente de la escritura.

La modestia de José Emilio era excesiva. Un regreso a las fuentes nos dirá que él no tuvo infancia ni adolescencia en su proceso de aprendizaje, o que si existieron ambas etapas transcurrieron con velocidad insólita. Como sus dioses tutelares, entre los más destacados, Alfonso Reyes y Octavio Paz, la precocidad fue una de sus señas de identidad. El cuento “La sangre de Medusa” así lo demuestra. Pocos escritores en nuestro país han hecho su aparición ante el público lector tan dueños de su oficio y tan conscientes de la función estética de un texto.

El primer libro que publicó José Emilio Pacheco lleva el título de *La sangre de Medusa*. El colofón nos informa: “LA SANGRE DE

MEDUSA de José Emilio Pacheco es el número 18 de los Cuadernos del Unicornio. Se acabó de imprimir el día 22 de noviembre de 1958 en los talleres del maestro tipógrafo MANUEL CASAS (Lerma 303), de México 5, D. F. Se tiraron 400 ejemplares sobre papel Fiesta de 80 kgs. Con tipos Bodoni de 12/12 puntos. JUAN JOSÉ ARREOLA editor.”

Cuando un tímido y torpe adolescente, en todos los sentidos, le pidió que le firmara el libro, Pacheco lo calificó como “un vestigio prehistórico”: sólo habían pasado diez años desde su publicación. Leído ahora el colofón, sólo podemos decir que era otra cosa la vida para los libros y los autores. Después de más de cincuenta años hemos regresado al punto de partida en cuanto al tiraje de los libros, pero ha habido una regresión: por ejemplo, ya son una verdadera rareza los maestros Casas que conservan el amor al oficio tipográfico, la computadora aniquiló el gusto por este arte, que no fue ajeno a José Emilio Pacheco, debido a una juventud pasada entre mesas de redacción e imprentas. Para el jovencísimo autor fue motivo de gran satisfacción publicar en la Colección Cuadernos del Unicornio, bajo cuyo sello habían aparecido autores de prestigio. Era la segunda aventura editorial de Juan José Arreola, a quien José Emilio veía con reverencia. Admiraba su prosa y su imaginación; el personaje lo deslumbraba por su carácter histriónico y desenvuelto, tan opuesto al del joven discreto y retraído que él era. Desde su infancia fue un voraz lector. En un texto autobiográfico escrito por uno de sus más entrañables amigos, Juan Vicente Melo —con quien compartía la genealogía familiar veracruzana—, lo recordó en una visita a su casa, acompañado de su mamá. Lo que más le llamó la atención de ese niño tímido fue la curiosidad que mostró por las páginas del periódico que se hallaba en la sala de casa y el recorrido que hizo por los librerías.

Las líneas de ese colofón nos remiten a una ciudad que parece la de un país ya muy remoto y ajeno, en el que se dio el encuentro entre dos figuras que son hoy grandes nombres de la literatura mexicana. En unas notas de Pacheco a propósito de Arreola y su genio, al que acompañaba su incapacidad para someterse a cualquier disciplina, narra las circunstancias en que le entregó el manuscrito de sus cuentos. Carlos Monsiváis, después de haber leído algunos de ellos ya impresos en publicaciones estudiantiles, de las que parece no haber quedado huella, lo animó a que le llevara algo inédito a Juan José Arreola. En su rememoración repite lo que ya había señalado en múltiples ocasiones: la irresponsabilidad de los jóvenes aprendices de escritores que se apresuran a buscar quién publique sus balbuceos, sus primeros ejercicios, a diferencia de los aspirantes a pianistas, los cuales deben pasar años y largas horas de práctica antes de sentirse capaces de brindar un concierto para amigos y familiares como una prueba antes de su presentación ante el gran público. Él no podía ser excepción a la regla. Buscó a Juan José Arreola, arregló una cita, y en un desaparecido café de la avenida Melchor Ocampo, le entregó un folder con sus dos cuentos: “La sangre de Medusa” y la “La noche del inmortal”. El editor los leyó y sin más comentario aceptó publicarlos. Le parecieron correctos en contenido y desarrollo. La prosa no necesitaba ajustes. Pacheco señala que era un secreto a voces que Arreola, con su gran habilidad de artesano de la prosa, corregía los originales dispuestos para la imprenta. No lo hizo con su caso; según Pacheco, le dijo: “No hay nada que corregir. Están perfectos.” Y Pacheco lamentó el gesto del maestro, pues ambos cuentos aparecieron sin ser sometidos al escarpelo del autor de *Confabulario*, y desde entonces no dejó de intentar hacer en sus textos los cambios que Arreola pudo haber hecho aquella tarde. Tarea imposible.

Leídos a la distancia de cincuenta y seis años, los textos son perfectos. Arreola no se equivocaba. Él fue un genio de la prosa y sabía reconocer de inmediato el talento ajeno. Arreola fue, entre nosotros, uno de los primeros lectores de Jorge Luis Borges, y seguramente le debió haber parecido atractivo el hecho de que un joven adoptara como modelo al escritor argentino, que cincelaba cada frase como lo había hecho Quevedo, y que buscaba armar sus relatos entreverándolos con referencias a la antigüedad griega, tejiendo una trama de simultaneidad del relato en dos ámbitos tan distintos, haciendo fluir la narración en una temporalidad común. Era toda una hazaña para un joven que debió haberlos escrito en el umbral de sus dieciocho años. José Emilio se apresuró a descalificar sus logros y vivió un periodo bajo la angustia de las influencias, a la que contribuyó el comentario público de Salvador Reyes Nevares: “textos demasiado uncidos a Borges, muestra de una literatura lujosa, inútil, retórica.”

Leídas paralelamente, las dos versiones de los cuentos de Pacheco (la de 1958 y la de 1990) se advierte que a la última le agregó un contenido más anecdótico, los escenarios de la acción adquirieron mayor espacio y el ritmo de narración se hizo más ágil. Era inevitable que en su primera etapa, el autor buscara la definición de su estilo. Tal vez lo que no satisfizo más tarde a Pacheco fue el predominio de elementos poéticos en su narración. Cinco años después publicaría su primer libro de poemas, *Los elementos de la noche*, en que daba muestras de su dominio de la técnica al escribir sonetos bien armados y se atrevía con el difícil género del poema en prosa. En “La noche del inmortal”, en su primera versión, se habla de las acciones de un incendiario al que no se le menciona, así Pacheco permanece fiel a la condena

que sufrió el gran destructor: que su nombre lo cubriera el olvido mediante la prohibición de decir su nombre. En el texto sólo se alude a él refiriendo sus acciones, lo que se describe dibuja al protagonista que pega fuego al edificio sagrado, y el tono adoptado para sus palabras es el del poema, que anuncia ya lo que Pacheco logrará en este género: “Una llama se eleva hasta donde se curva el firmamento y ese flexible río que entra a saco en la noche es una mano que, despiadada y voraz, ata mi dicha; desde el peñasco puedo ver sin peligro la confusión, el miedo, la sorpresa. Es en vano la lucha contra el fuego: terminará el festín un alba de cenizas”. En la segunda versión el incendiario aparece con su nombre.

“La sangre de Medusa” es de suma importancia en el sentido de que esa breve narración contiene gran parte de los rasgos que caracterizarán su escritura. Están presentes en el texto los temas que una y otra vez vertebrarán su visión del mundo: el espejismo de la felicidad, la imposibilidad de hacer reales las utopías, el desastre en que el hombre se empeña ante su entorno, del que surge un enfoque pesimista de la condición humana, la inexorable humillación a que nos condena el peso de la edad. En el cuento el destino de Pegaso es el triste reflejo de nuestra existencia, la engañosa liberación que la violencia hace posible y que sólo es un desarreglo de los sentidos, envuelta en una nebulosa de ensoñación: “Y en su prisión de piedra, él espera que llegue, perforando las nubes, el caballo con alas y de libres relinchos, que nació, como la llama, de la sangre maldita de Medusa.”

Era el punto de partida para sus cuatro grandes libros: *Morirás lejos* y *Las batallas en el desierto*, en la ficción, y *El reposo del fuego* y *No me preguntes cómo pasa el tiempo* en la poesía. ▀